

40 ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA. EL PAPEL DE LA ACADEMIA MALAGUEÑA DE CIENCIAS EN SU GESTACIÓN E INICIO

Excma. Sra. Dña. Adelaida de la Calle. Rectora de la Universidad de Málaga y Académica de Número de la Malagueña de Ciencias. Conferencia impartida en Málaga el 27 de junio de 2013 con motivo de la clausura del Curso Académico 2012-2013

Excmos. e Ilmos. Académicos, Sras. y Sres.

Muchas gracias, querido Presidente del Instituto de Academias de Andalucía y Doctor honoris causa de esta Universidad por tu presencia,

Muchas gracias querido profesor y amigo, Alfredo, por tus palabras de presentación.

Un curriculum es siempre historia, historia de una vida, que cuando se lee entre líneas, sobrepasa lo meramente académico; y una parte importante de mi vida ha estado en la Facultad de Ciencias, donde hemos compartido momentos, pasillos, y hemos cumplido años.

Hoy volvemos a compartir un momento importante. Importante en tanto que entrañable. No solo finalizamos un curso en la Academia Malagueña de Ciencias. Culminamos también la conmemoración del cuarenta aniversario de la Universidad de Málaga, y lo hacemos recordando, recordando con la memoria y también en la acepción etimológica de *re cordare*, hacer que las cosas pasen dos veces por el corazón.

Academia Malagueña de Ciencias, Universidad de Málaga. Cada una forma parte de la vida de la otra, como si la historia se mirase a sí misma. Durante los últimos meses nos contemplamos junto a los malagueños como nos fuimos haciendo a nosotros mismos; pasamos juntos las páginas del álbum de nuestra vida, foto a foto, desde las primeras pancartas que pasaron por calle Larios, la multitud alborozada que se concentraba en la Aduana, hasta la actual ciudad universitaria de Teatinos, o el Rectorado donde hoy nos encontramos.

Sin embargo, les confieso que en este álbum sentimental he echado de menos una foto. Una foto que tal vez no llegó a tomarse, pero cuya imagen nunca deberíamos olvidar. La foto de la farmacia de don Modesto Laza.

Estaba situada cerca de aquí, en la calle Molina Lario. Era una farmacia grande, a la antigua, con maderas labradas y anaqueles repletos de albarellos de porcelana para los productos de las fórmulas magistrales.

Sucedía, sin embargo, que hace cuarenta años la modernidad ya llamaba a la puerta y los laboratorios empezaban a anunciarse sobre el mostrador en expositores publicitarios. Cada uno ofrecía su remedio infalible. *Rinomicine activado, y a otro lado resfriado, contra el mal, tableta Okal*. Nada fuera de lo común, hasta que, un día, don Modesto sorprendió a todos colocando en el mostrador un remedio ajeno a los laboratorios y que decía, escuetamente, *Málaga por su universidad*. No se trataba de curar ninguna enfermedad concreta, sino un mal endémico de toda una ciudad. Era una frase que no tardaría en convertirse en pegatinas para los coches y en pancarta, en banderín de enganche. *Málaga por su Universidad*.

Aquella misma tarde visitó la farmacia don Jesús, el médico de calle Bolsa. Era un viejo amigo de don Modesto y asiduo de la rebotica, pues la farmacia Laza, mantenía su tertulia científica y humanística. Cuando don Jesús vio lo de *Málaga por su Universidad* tuvo un rictus de desconfianza. *Largo me lo fías, Modesto, -le dijo- tu y yo hemos estudiado en Granada. Esa universidad tiene siglos de historia. Nos costará mucho*.

Don Jesús presumía de tener sus cuatro hijos fuera, pues hace cuarenta años era la señal inequívoca de que habían servido para cursar estudios superiores. Después, por lo bajo, se quejaba, como todos, de que necesitaba ver muchos enfermos para pagar cuatro carreras. Y más allá de lo personal, temía que Málaga al carecer de estudios universitarios quedara condenada como ciudad. Diluida frívolamente en el empuje de la costa y la playa.

Aquella tarde, como tantas otras de rebotica, don Jesús y don Modesto

intercambiarían libros como los cromos de antaño. Ambos tenían el Athanasius Kircher, la joya bibliográfica de todo científico, pero a alguno les faltaba un libro en particular que estaba mal visto: se llamaba *Letters from Spain* y estaba escrito por José María Blanco Crespo "Blanco White". Ahora parecerá grotesco, pero salir de la farmacia con él podía ser incómodo. Don Modesto no era, en absoluto, grato al Régimen, todo lo contrario. Había padecido una dura posguerra so pretexto de pertenencia a las fraternidades más proscritas por el Régimen. Sufrió incluso destierro en Valladolid. Así que en aquella ocasión, don Jesús le dio el remedio: "Lo mejor será irnos a oír misa con el libro; al fin y al cabo -dijo con sorna- Blanco White fue cura, aunque solo por un tiempo, pero fue cura". Don Modesto aceptó y juntos, mas en serio que en broma, recorrieron los cien metros de distancia que separaban la farmacia del Sagrario. Su amigo llevaba el libro discretamente incrustado en la chaqueta, a la altura de la axila. Como había hecho la guerra de alférez provisional, no era sospechoso. Pero intuía que, no lejos, alguien de la policía secreta se cruzara casualmente para ver si era cierto eso de que Laza acudía a misa y con quién.

La verdad es que los temores de don Modesto tenían su fundamento. Aparte de farmacéutico y científico, tenía la responsabilidad de presidir la Sociedad Malagueña de Ciencias. Por entonces, la elección de presidente no era directa. Los socios elegían una terna que proponían a su vez al Gobernador Civil, que era quién, finalmente, tenía la última palabra. El Gobernador, para sorpresa de alguno, lo había aceptado, pero de la misma forma, también podía destituirlo.

Ese año 72, el año de la Universidad de Málaga, era también especial para la Sociedad Malagueña de Ciencias. Cumplía un siglo de vida, un aniversario que tuvo escasa repercusión en la ciudad, aunque bastante mas en el ámbito de la ciencia. No era fácil mantener viva una institución de esa naturaleza sorteando las vicisitudes de cinco regímenes políticos distintos que se sucedían violentamente a golpe de péndulo.

Fue tal vez lo que, personalmente, más me sorprendió cuando, a poco de llegar a esta ciudad, tuve conocimiento de la existencia de la Sociedad.

La Sociedad había nacido a impulsos de una burguesía liberal instalada en Málaga en

la segunda mitad del siglo XIX, uno de cuyos máximos exponentes era Domingo de Orueta. Estaba a punto de cumplir cuarenta años y era hijo de un comerciante. Había estudiado en Clever Green hasta los diecisiete años.

Cuando regresó a Málaga trató de continuar la actividad mercantil de su padre, hasta que se dio cuenta de que lo suyo eran las ciencias de la naturaleza. Un posterior viaje por Suiza, Alemania, Francia e Inglaterra no hace sino acrecentarle su vocación, en particular, la geología.

Para sus escasos biógrafos, la vida de Domingo de Orueta transcurrió entre su afición a la naturaleza, sus excursiones geológicas y entomológicas y su dedicación a la Sociedad Malagueña de Ciencias. Fue autodidacta y burgués, todo a un tiempo. Y lo que, al menos para mí, era mas admirable: miembro de una burguesía que luchó y se esforzó para que en Málaga se potenciara la industria, el comercio y la agricultura, pero también, cosa que suele olvidarse, para que esa prosperidad estuviera sustentada en el conocimiento. Si lo pensamos bien, fue una burguesía de corte europeo que se acercó a los intelectuales, a los científicos, y les ofreció algo inusitado por estas tierras: el mecenazgo. Algo que ahora, siglo y medio después se vuelve cada vez más necesario.

Su obra, la Sociedad Malagueña de Ciencias Físicas y Naturales, nace en 1872. Domingo Orueta convoca a diecinueve malagueños: nombres como Prolongo, Salas, Parodi, investigadores e historiadores como Guillén de Robles, Rodríguez de Berlanga, Loring, urbanistas como Sancha, Strachan, Jiménez Lombardo, industriales como Heredia, Larios, Loring, comerciantes como Scholtz, Galwey, Grund. Muchos de ellos inmortalizados en el callejero de la ciudad. La mayoría, sin embargo, grandes desconocidos para las nuevas generaciones. A todos les unía el propósito de "crear una Sociedad dispuesta a emprender la formación de un Museo en el que estuviesen principalmente representadas tanto la fauna y la flora como los minerales de la provincia de Málaga, sin olvidar los datos meteorológicos que tantos beneficios debían reportar a los estudios científicos de aplicación a la industria, comercio y agricultura". Para el profesor Asensi, el nombre Sociedad, con preferencia al de Academia, era un reflejo en la más pura ortodoxia británica de las Society que Domingo había vivido en la Inglaterra. Ortodoxia que se

plasmaba también en un británico mandato en los estatutos: “bajo ningún concepto ni pretexto se consentirá en su seno discusiones en materia religiosa o política de actualidad”.

La situación de aquella Málaga del otoño de 1872, sin embargo, poco tiene que ver con la británica, ni con los estatutos de la Sociedad. España estaba inmersa en pleno sexenio revolucionario que terminó con el reinado de Isabel II, y que significó una verdadera liberalización ideológica fundada en el positivismo. Sus bases fundamentales estaban constituidas por el valor de las ciencias empíricas y experimentales. La ciencia representaba todo para ellos. Mientras el 6 de octubre se constituye formalmente la Sociedad, la población se ve sacudida por un reguero interminable de conflictos laborales: huelga de barberos, de zapateros, de carpinteros, y con mayor incidencia en el tejido social, de hortelanos y trabajadores del puerto que suponen una amenaza de desabastecimiento en los mercados. Las dos mayores empresas, La Malagueña y La Constancia imponen el cierre patronal. El metal, a su vez, se tambalea. Solo un lustro antes, Tomás Heredia había albergado esperanzas de que el sector ferretero se mantuviera. Solo necesitaba que la línea de ferrocarril de Málaga a Córdoba se prolongara a Belmez para traer carbón de sus minas. Lamentablemente perdimos aquel tren. Y aún perderíamos otros muchos.

A la inestabilidad política que llegó un año después con la Primera República, hubo que añadir la tremenda plaga de la filoxera, en 1878. La crisis agraria.

El Museo fue inicialmente instalado en la Alameda de los Tristes. Recibiría como donaciones un microscopio y un espectrómetro procedentes del Ayuntamiento y la Diputación. Así mismo, las colecciones de minerales del propio Domingo Orueta y de Pablo Prolongo, este último, farmacéutico de calle Salinas por cuya rebotica pasó lo más granado de la ciencia nacional. También un herbario, caracterizado por la variedad y rareza de sus ejemplares y una colección de insectos donada por Joaquín García de Toledo.

La biblioteca, a su vez, se constituyó en 1873 y se fue nutriendo a base de las donaciones de varios socios entre los que destacaban Clemens y Souvirón. Todos miembros de la alta burguesía mercantil malagueña que apuestan por el desarrollo científico y cultural, previendo

su aplicación a los métodos de producción de la agricultura y la industria.

La Sociedad pretendió dar una respuesta científica a los problemas que afectaban a la sociedad malagueña dentro de los postulados de la doctrina positivista enarbolada en Málaga por Domingo Orueta. La labor de la sociedad fue muy constructiva. Sus informes y dictámenes contribuyeron de forma notable a paliar las consecuencias de plagas enfermedades o catástrofes que asolaron a Málaga en el final del siglo XIX.

- Vacunación contra la viruela, en la epidemia de 1874.
- Medidas contra la comercialización de la carne parasitada con triquina.
- Informe sobre la Filoxera entre 1878 y 1885.
- Informe sobre la epidemia de cólera en 1884.
- Informe sobre los terremotos de 1884 y 1885.
- Informe sobre la enfermedad de los cítricos en 1886.

La historia se fue escribiendo año a año, curso a curso. Se dobló el cabo del siglo XIX y se echó encima el XX. La Sociedad Malagueña de Ciencias continuó trabajando en silencio, como un reducto de botánicos, geólogos y humanistas, ajenos a los vaivenes, con la noble excepción de don Miguel de Unamuno, rector eterno de Salamanca, que nos visitó.

Por lo general, la Sociedad siguió haciendo honor a su apoliticismo fundacional, salvo aquella breve incursión de don Modesto en el consistorio como concejal en la candidatura republicana de Lerroux. Poco más. Un apoliticismo que, sobre todo en los primeros años de posguerra, les mantuvo a salvo de las furias iconoclastas. Al fin y al cabo, eso de la ciencia no dejaba de ser cosa de excéntricos. Excéntricos entre comillas. Maravillosos excéntricos que pasaron por la tribuna de la Sociedad: Camón Aznar, Costa Talens, Clavera, Garrigues Walker, Mayor Zaragoza, Alberto Dou, Salvador Rivas-Martínez ...

En agosto de 1972 la Universidad de Málaga nació legalmente, pero don Modesto tardaría tiempo en quitar el lema del mostrador de su farmacia. Málaga por su Universidad. En realidad, también habría podido decir la Sociedad Malagueña de Ciencias por su

Universidad y hubiera reflejado más fielmente el espíritu que les animaba. La Sociedad carecía de poder legal o fáctico, en realidad lo único material con que contaba era su biblioteca; una cuidada colección de más de cinco mil volúmenes que la sociedad ofrecería en depósito a la naciente universidad como presente, homenaje y semilla para el futuro.

Don Modesto los cedió oficialmente, en depósito, al que fuera nuestro primer rector comisario, el profesor Gallego Morell. En 1973, en la letra del convenio de cesión la Universidad de Málaga hace constar, textualmente, “la gratitud a la Sociedad Malagueña de Ciencias como la primera entidad cultural de la ciudad que se incorpora a la tarea de aunar y articular los tradicionales esfuerzos malagueños en pro de la cultura en el marco inédito hasta hoy en la vida malagueña de la Universidad de Málaga” (fin de la cita).

Aquellos libros, como bien apuntaba Miguel Álvarez Calvente, constituyeron el núcleo fundacional de lo que más tarde llegó a ser la Biblioteca Central. También lo fueron, así mismo, los enseres científicos de Zoología y Mineralogía. Éramos una universidad por hacer, que necesitaba de todo. Hasta un punto que, al curso siguiente, al faltar espacio para impartir las clases de Magisterio, la Sociedad ofreció sus propios locales. Los de su domicilio social, en la Plaza de la Constitución. Una posibilidad que, aun sin llegar a materializarse, no solo fue un hermoso gesto de generosidad, también reencuentro con la historia. La Sociedad vivía en los locales en los que en 1859 se había instalado la escuela Aneja, en la que se daban las prácticas de Magisterio, es decir, se enseñaba a los maestros a enseñar lo previamente aprendido en la vecina Escuela Normal. Para la Sociedad Malagueña de Ciencias hubiera sido un simbólico puente entre la enseñanza antigua no universitaria y la moderna ya integrada en la universidad naciente. Una cesión que, de haberse producido, habría dejado a la Sociedad Malagueña de Ciencias reducida a lo meramente conceptual, pues una vez cedida su biblioteca y la sede, solo quedaría el entusiasmo científico de sus socios.

Sin embargo, en un rasgo supremo de generosidad asumieron que en el futuro correspondería a la Universidad el protagonismo en la investigación y en la formación científica de las sucesivas generaciones de malagueños. Esto me parece sencillamente admirable. La Sociedad estaba dispuesto a cederlo todo, incluso si era

necesario, a si misma, su propia existencia. Quisiera subrayar esa generosidad que la ha caracterizado siempre, no solo como institución sino individualmente, socio a socio. Ese altruismo que en la medicina cultivaron, hasta donde la memoria alcanza, el doctor Gálvez Ginachero y con el recuerdo más reciente, el doctor Orellana, el inolvidable oftalmólogo que veía, sobre todo, con los ojos del corazón; un apellido y una especialidad médica que afortunadamente perviven entre nosotros.

La creación de la Universidad y el posterior desarrollo y consolidación supusieron el asentamiento, en el ámbito cultural malagueño, del conjunto de científicos que forman su profesorado, alguno de los cuales se fue incorporando al núcleo de los que, con anterioridad, ya formaban parte de la Sociedad.

La Sociedad, pues, pasó a ser un vehículo idóneo para la divulgación de sus conocimientos e investigaciones, más allá del ámbito puramente universitario.

En marzo de 2002, la Sociedad Malagueña de Ciencias se transforma en Academia Malagueña de Ciencias. Dejaba en la historia un nombre ancestral. A la nueva Academia, desde el punto de vista legal, se la reconoce como corporación de derecho público.

Hace diez años, en marzo de 2003 un nuevo convenio que nuestro Presidente, el doctor Asensi, firmó con el entonces Rector Díez de los Ríos, estrechaba aún más el primitivo que acordaron Modesto Laza y Antonio Gallego Morell. La valiosísima aportación bibliográfica de entonces gozaría de entidad propia en la Biblioteca General de Teatinos. Una placa rezaría textualmente: “Fondos bibliográficos de la Sociedad Malagueña de Ciencias”.

Hoy, recién estrenado el verano, os confesaré que en los escasos paréntesis entre viaje y viaje, me dejo llevar por el tiempo, y el pasado. Como muchos de vosotros, al pasar por la calle Molina Lario habrá tratado de encontrar de nuevo la fachada de la farmacia de don Modesto y habrá vuelto a imaginar la Rebotica, y el Athanasius Kircher dentro.

La verdad es que la luz de don Modesto se fue apagando hasta terminar de consumirse en el ya lejano 1981. Después, la Academia fue dirigida por José Ángel Carrera, Antonio Díez de los Ríos y, hasta la actualidad, por Alfredo Asensi, científicos con una clara vocación de humanistas.

A Alfredo no solo le ha tocado ser el presidente del siglo XXI; también la responsabilidad, y tal vez la oportunidad, de dirigir los destinos de la Academia en plena época de crisis, de cambio. La posibilidad de reflexionar sobre el papel y las oportunidades que pueden jugar las academias en el futuro. Y en particular ésta, que tiene ya sobre sí casi siglo y medio de vida.

Las Academias surgieron y florecieron siempre en momentos en que la sociedad fue dejando de lado la razón, se fueron apartando de ella. Se constituyeron en baluartes de la razón, y por tanto de la crítica, frente a cualquier tentación de limitarla, disfrazarla o ponerle apellido, lo que casi viene a ser lo mismo.

A la Academia Malagueña de Ciencias le bastó la vocación por las ciencias, el culto a la razón y la voluntad de sus socios para mantenerla viva. Durante su primer siglo de existencia, tuvo que sobrevivir a cinco regímenes políticos distintos que se sucedieron como si la historia diese golpes de péndulo. Desde su discreción, incluso desde un cierto anonimato hacia la sociedad que la rodeaba, la Academia fue durante un siglo el único, o al menos el más claro referente de razón que navegó en nuestra historia, tantas veces turbulenta.

En cada momento, tuvo la fortuna de ser dirigida por personas que no solo fueron científicos y humanistas, sino sobre todo, como apuntaba, buenas personas, generosas, desprendidas, nada apegadas a lo material. La Sociedad de la Ciencia, la Academia de la Ciencia, fueron ellos, fue su talento y prácticamente nada más que su talento, con el soporte de una biblioteca que depositaron en la Biblioteca de la Universidad. Y una sede que, como la Corte Medieval, era móvil y acampaba según la suerte y las tierras.

Al cabo de ciento cuarenta años, la Academia sigue siendo, esencialmente la misma, talento y razón. Y eso nunca sobra. Y menos ahora. Se dirá que esa es también misión de la Universidad. Es cierto. Pero junto a la Universidad como institución, junto a una Academia que hunde sus raíces en la historia, junto a una gran Universidad como la nuestra, debe haber siempre un referente como la Academia Malagueña de Ciencias. La Academia como auctoritas. Auctoritas en cada informe, en cada dictamen que la ciudad y la sociedad nos demande.

La Academia es un referente de la razón por encima de todo. La razón basada en el talento de cada uno de sus miembros. Y ya me volvió a salir la palabra. Talento. Últimamente no hago más que hablar de ello. Tal vez porque es lo que más necesitamos ahora. Es lo único que nos puede sacar de la crisis, Y por ello es lo que nos va a sacar de la crisis. Hace años, antes de que existiera esta Universidad, Málaga se dolía de que sus mejores alumnos se iban a estudiar fuera, o para ser más rigurosos, los que tenían talento y medios económicos se iban a estudiar fuera. Después, la Universidad cambió completamente el panorama. No solo formamos a los alumnos de nuestra tierra. Es que desde fuera se confía en nosotros para que formemos a estudiantes de los cinco continentes.

Somos un campus de excelencia. Pero un campus de excelencia que ha de navegar en una crisis que no es solo económica, aunque sea la que más se note; es una crisis que pone en cuestión muchas cosas, muchos modelos, incluyendo la universidad como creadora y formadora de talento. Tratan de que parezcamos el problema, cuando en realidad somos parte de la solución. Por eso, hoy como ayer seguimos necesitando del calor y del apoyo social. También el de la Academia Malagueña de Ciencias, solo que ahora de forma distinta.

Por eso estoy convencida de que esta tarde, además de entrañable, debe marcar un hito en nuestras vidas. Dos academias cruzan juntas un jalón de la historia. Y lo hacen entrelazadas por el tiempo y las personas. Y aquí y ahora, tres universitarios, que comparten esta misma mesa y que se enorgullecen no solo de pertenecer a la misma facultad, sino de parafrasear a Ortega y Gasset. Y decir que desde un futuro al que estamos llegando, la Academia Malagueña de Ciencias muestra la vigencia lozana de su pretérito, sigue fiel a su ayer sin dejar de vivir para el futuro.

Y si me permiten un último bucle melancólico. Empecé recordando unos expositores de medicinas en el mostrador de la botica de don Modesto, entre los cuales aparecía *Málaga por su Universidad*. Quisiera que hoy, aquí imaginaran sobre este mostrador otro que dijera simplemente, *La Universidad por la Academia Malagueña de Ciencias*.

Muchas gracias.